

Sáb 10 Feb 2018
Evangelio del día
Quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Escolástica (10 de Febrero)

“Me da lástima de esta gente”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Reyes 12, 26-32; 13, 33-34

En aquellos días, Jeroboán pensó para sus adentros:

«El reino podría volver todavía a la casa de David. Si el pueblo continúa subiendo para ofrecer sacrificios en el templo del Señor en Jerusalén, el corazón del pueblo se volverá a su señor, Roboán, rey de Judá, y me matarán».

Y tras pedir consejo, el rey fundió dos becerros de oro y dijo al pueblo:

«Basta ya de subir a Jerusalén. Este es tu dios, Israel, el que te hizo subir de la tierra de Egipto», e instaló uno en Betel y otro en Dan. Este hecho fue ocasión de pecado. El pueblo marchó de uno a Betel y delante del otro hasta Dan.

Construyó lugares de culto en los altos e instituyó sacerdotes del común del pueblo que no eran descendientes de Levi.

Jeroboán estableció una fiesta en el mes octavo, el día quince del mes, a semejanza de la que se celebraba en Judá. Subió al altar que había edificado en Betel a ofrecer sacrificios a los becerros que había esculpido y estableció en Betel sacerdotes para los lugares de culto que instituyó.

Después de esto, Jeroboán no se convirtió de su mal camino y siguió consagrando para los lugares de culto sacerdotes tomados de entre el pueblo común; a todo el que deseaba, lo consagraba sacerdote de los lugares de culto.

Este proceder condujo a la casa de Jeroboán al pecado y a su perdición y exterminio de la superficie de la tierra.

Salmo de hoy

Sal 105, 6-7a. 19-20. 21-22 R/. Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo

Hemos pecado con nuestros padres,
hemos cometido maldades e iniquidades.

Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus maravillas. R/.

En Horeb se hicieron un becerro,
adoraron un ídolo de fundición;
cambiaron su gloria por la imagen
de un toro que come hierba. R/.

Se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,
maravillas en el país de Cam,
portentos junto al mar Rojo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 8, 1-10

Por aquellos días, como de nuevo se había reunido mucha gente y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

«Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer, y, si los despido a sus casas en ayunas, van a desfallecer por el camino. Además, algunos han venido desde lejos».

Le replicaron sus discípulos:

«¿Y de dónde se puede sacar pan, aquí, en despoblado, para saciar a tantos?». Él les preguntó:

«¿Cuántos panes tenéis?».

Ellos contestaron:

«Siete».

Mandó que la gente se sentara en el suelo, tomando los siete panes, dijo la acción de gracias, los partió y los fue dando a sus discípulos para que los sirvieran. Ellos los sirvieron a la gente.

Tenían también unos cuantos peces; y Jesús pronunció sobre ellos la bendición, y mandó que los sirvieran también.

La gente comió hasta quedar saciada y de los trozos que sobraron llenaron siete canastas; eran unos cuatro mil y los despidió; y enseguida montó en la barca con sus discípulos y se fue a la región de Dalmanuta.

Reflexión del Evangelio de hoy

Jesucristo es nuestro rey

«Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, edificio de Dios» nos dice San Pablo en I Cor: 3, 9.

Jeroboam no fue consciente de ello, pronto olvidó que Dios le eligió dándole el siguiente mensaje: «Yo te tomaré a ti, y tú reinarás en todas las cosas que desearé tu alma, y serás rey sobre Israel. *Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como hizo David mi siervo, yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edifiqué a David, y yo te entregaré a Israel.*» (1 Reyes 11:37-38).

Pero Jeroboam pronto olvidó el buen consejo de Dios, y con arrogancia dio prioridad a sus propios deseos e intereses. Aún con todo Dios, en su infinito amor, permitió a Jeroboam ver señales que le hicieran recapacitar y volverse de sus malos caminos, pero Jeroboam hizo caso omiso de ellos.

Pero nosotros, para no caer en el mismo error que Jeroboam, debemos tener el corazón de un niño, debemos ser «pobres en el espíritu» (Mt 5, 3), para reconocer que no somos autosuficientes, que no podemos construir nuestra vida nosotros solos, sino que necesitamos de Dios, necesitamos de su gracia para buscarle, encontrarle, escucharle, hablarle.

La oración nos abre la mente y el corazón para recibir el don de Dios, su sabiduría, que es su Santo Espíritu, nos ayuda a hacer vida, en nuestro diario vivir, la voluntad del Padre, encontrando con ello alivio en nuestro caminar hacia Él.

Jesucristo es nuestro Rey, pero no tiene el poder de los reyes y de los grandes de este mundo. Su poder es divino, con el que nos regala la vida eterna, nos libra del mal, venciendo en nosotros, el dominio de la muerte.

El poder de nuestro Rey es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar nuestro corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Su Reino de gracia nunca nos lo impone, siempre nos lo propone respetando nuestra libertad.

Jesús nos ama

En el texto evangélico de hoy, queda muy claro que Jesús nos ama y conoce nuestras necesidades implicándonos, a nosotros mismos, en la búsqueda de soluciones, estando atentos los unos de los otros, interesándonos por las necesidades de nuestros hermanos y ayudándonos a encontrar la solución favorable.

De Jesús aprendemos a cuidar a nuestros hermanos más necesitados procurando, tanto su bien humano como su bien espiritual. El Señor, con su vida, nos enseñó a mirar con los ojos del amor, de la fraternidad, de la solidaridad, de la justicia, de la misericordia, de la compasión... porque nuestro hermano es nuestro "otro yo" a quien Dios ama infinitamente.

La humildad de corazón y la experiencia personal del sufrimiento deben de ser el punto de partida, para despertar en nosotros, la compasión y la empatía, haciéndonos capaces de salir de nosotros mismos para "padecer-con" quien sufre. Al encontrarnos con nuestros hermanos y al abrir nuestro corazón a sus necesidades nos hacemos portadores de la salvación y de la bienaventuranza de Dios.

Debemos armonizar nuestra mirada con la mirada de Cristo, nuestro corazón con su corazón. De esta manera, el apoyo amoroso ofrecido a los demás se traducirá en participación, compartiendo sus esperanzas y sufrimientos, haciendo visible, y, casi tangible por una parte, la misericordia infinita de Dios hacia cada ser humano, y, por otra parte nuestra fe en él.

La autenticidad de nuestra fraternidad la manifestaremos atendiendo a las necesidades de nuestros hermanos, especialmente los más necesitados. De esta manera proclamaremos la bondad y misericordia de Dios, no sólo con palabras sino, sobre todo con nuestra propia vida. Y, para que nuestra fraternidad sea más útil y provechosa, debemos sazonarla con constante espíritu de oración y gran confianza en Dios.

Jesús, al morir en la cruz, nos reveló el amor misericordioso de Dios Padre, indicándonos el único camino posible para llegar a ser testigos creíbles de Su infinito Amor siendo, este Amor, la fuente de la verdadera fraternidad entre todos los hombres.

Celebramos hoy la memoria de Santa Escolástica, monja benedictina dedicada a escuchar al Señor, en medio de una vida humilde, retirada, desconocida, vida concentrada enteramente en los secretos del corazón, y en la escucha de Dios que habla en el silencio del corazón. Fue hermana melliza, según se cree, de San Benito. Santa Escolástica encarna en su vida el poder de la fe y de la oración.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio de Santa Catalina de Siena (Paterna)

Santa Escolástica

*Virgen, hermana de San Benito
hacia 480 - 10-febrero del 547*

Algunos datos históricos

Lo que **nos refiere San Gregorio**, en los capítulos XXXIII y XXXIV del libro II de sus Diálogos es lo único que con certeza podemos decir de Santa Escolástica. Ninguna otra fuente antigua vuelve a hablar de ella. Y de este breve texto hagiográfico sólo podemos espigar unos cuantos datos históricos: Escolástica, hermana de Benito, había sido consagrada a Dios desde su infancia, acostumbraba a visitar a su hermano una vez al año, murió poco antes que él y fue enterrada en el sepulcro que su hermano tenía preparado para sí mismo.

Es probable, pues, que fuera entregada por sus padres a un monasterio o grupo de vírgenes para ser educada por ellas y vivir en adelante como ellas. El mismo San Benito prevé en su Regla la presencia de niños en el monasterio, ofrecidos por sus padres, oblación que conllevaba los mismos compromisos que la profesión monástica de un adulto. Pero de ahí a decir que profesaba la Regla de su hermano va un gran trecho, aunque las benedictinas posteriores la han llamado siempre con el apelativo de «nuestra madre».

La leyenda se ha encargado de suplir lo que la historia no dice; así, siempre se la ha tenido por hermana gemela de San Benito, aunque esta tradición no remonta más allá del siglo VIII. En este caso, debió nacer en Norcia, al igual que su hermano, hacia el año 480. Nuevamente será la tradición la que nos dé el nombre de su abuelo Justiniano y de sus padres, Eupropio y Abundancia. Cabe decir lo mismo del lugar de su consagración, el monasterio de Piumarola, sólo que en este caso la tradición es aún más tardía, pues es recogida solamente por un monje casinense del siglo XI.

Cuando murió fue enterrada en el mismo Montecassino; probablemente esto sucedió entre los años 543-547, pero es casi seguro que el día de su muerte fuera el 10 de febrero, fecha en la que es recordada en todos los calendarios litúrgicos antiguos.

Benito y Escolástica, juntos en vida y en muerte

El monasterio de Montecassino fue destruido por los longobardos el año 577, permaneciendo abandonado hasta el año 717. Los nuevos monjes no abrigaron ninguna duda sobre la autenticidad de los huesos que reposaban bajo el altar mayor de su iglesia, pues consideraban que los sepulcros se habían mantenido inviolados durante los años de abandono.

Pero no pensaban lo mismo los franceses, quienes afirmaban que, hacia el año 660, el abad de Fleury y el obispo de Le Mans habían robado los cuerpos de San Benito y Santa Escolástica para honrarlos, respectivamente, en su monasterio y catedral. Así, durante siglos, Montecassino disputó con Fleury y Le Mans sobre la autenticidad de las reliquias de ambos santos; sólo en época moderna, y no de forma unánime, los historiadores han llegado a la conclusión de que las verdaderas reliquias deben ser las de Montecassino, y las de Fleury el fruto de un piadoso fraude, mientras que Santa Escolástica nunca habría sido removida de su primitivo sepulcro.

Sea de ello lo que fuere, Le Mans honró extraordinariamente a la santa como a su patrona y allí veneraron sus pretendidos restos hasta que fueron sacados de su preciosa urna y aventados el año 1792, durante la Revolución Francesa, conservándose sólo unos pocos restos que la piedad y valentía de algunos fieles pudo sustraer a la furia de los exaltados.

Los huesos de Montecassino tuvieron más suerte, pues incluso salieron incólumes del terrible bombardeo aliado que destruyó el monasterio el año 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, y pudieron ser reconocidos y exhaustivamente estudiados en 1950.

Pero San Benito y Santa Escolástica dejaron algo más que unos huesos. La **Regla de San Benito** fue poco a poco implantándose por toda Europa y, aunque pensada y escrita para hombres, fue muy pronto aceptada por las comunidades monásticas femeninas. Éstas empezaron a considerar a Santa Escolástica como la primera monja benedictina -aunque, como ya hemos dicho, esto no sea históricamente cierto- y a tomarla como modelo.

Los diferentes autores espirituales que han tratado sobre la santa le han aplicado toda clase de virtudes, pero es más justo reconocer que nada sabemos de su fisonomía espiritual, fuera de su entrega constante a Dios, su amor por las conversaciones santas y su fino sentido del humor. Y, sobre todo, su verdadera caridad, que le lleva a conseguir de Dios lo que no puede alcanzar del rigorismo de su hermano. Es lo único que se desprende del relato gregoriano, única fuente fiable. Y no es poco, para aquellos que, dentro y fuera del monasterio, pretenden vivir su cristianismo con generosidad, fidelidad y una buena dosis de alegría, que tanta falta nos hace.

Fr. Miguel C. Vivancos, O.S.B.